

Para un latinoamericano, no hablo sólo de una experiencia personal, es una amarga frustración participar en congresos y seminarios europeos sobre cooperación y desarrollo. En el fondo, se entabla siempre un diálogo de sordos. Y la decepción se agrava cuando el desencanto tiene lugar en un contexto universitario y académico, donde posiciones más científicas y críticas podrían ser más fácilmente compartidas entre académicos. Se tiene una vaga pero penetrante impresión de que a los europeos no les interesa qué somos, cómo somos y qué queremos dentro de esa perversa correlación de fuerzas entre cooperación y desarrollo.

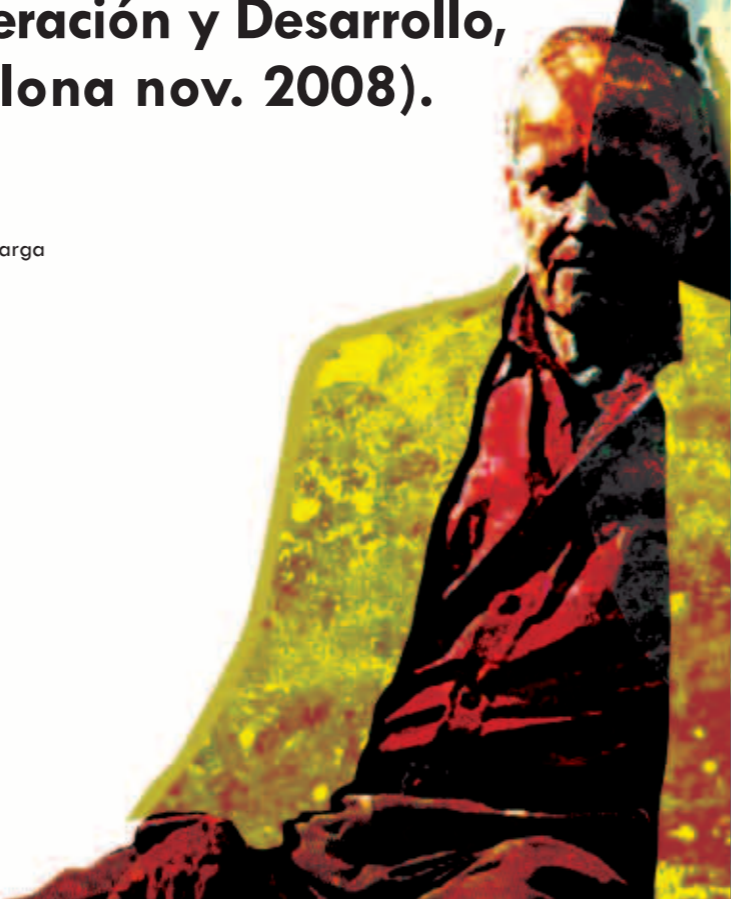
Se trata de un defecto de reconocimiento: una incapacidad para intentar entendernos desde “el otro”, y no desde el estereotipo de latinoamericanos subdesarrollados, que nos objetiva y nos desubjetiva; y, por consiguiente, también un defecto de identificación, que les impide compartir lo que somos y hacemos.

La cooperación al desarrollo

(Experiencias del IV Congreso Universidad Cooperación y Desarrollo, Barcelona nov. 2008).

José Sánchez Parga

Esto no quiere decir que tal suerte de desencuentro y “descomunicación”, marcados por diferencias que nos distancian en lugar de acercarnos, no sean recíprocos. Y, sin embargo, nada de esto es personal. Lo que hace desiguales estos intercambios son precisamente las posiciones de la cooperación por parte de los europeos y del desarrollo por la parte latinoamericana. Por eso mismo, curiosamente, nada de esto afecta en general las excelentes y hasta cordiales relaciones personales entre el europeo / español con el latinoamericano. Son las correlaciones mentales y políticas, las que se encuentran afectadas por el código neocolonial de la cooperación / desarrollo.



El carácter solidario y humanitario de la cooperación al desarrollo es incuestionable; lo que se impugna y se critica son las lógicas e intereses investidos en dicha solidaridad y humanitarismo, reproductores de una desigualdad fundamental: la línea imaginaria que separa el norte del sur.

El desencuentro se vuelve hoy enconzonazo, cuando desde América Latina se rehusa un desarrollo y una cooperación que no promuevan un cambio de modelo de sociedad, y no sólo en los países del sur, sino, sobre todo, en los países del norte, ya que si tal cambio de modelo de sociedad (y no simplemente un cambio social) no se da en el norte, la cooperación internacional seguirá vehiculando e imponiendo un modelo de desarrollo estrechamente asociado al crecimiento económico y a la lucha contra la pobreza, que tanto daño y devastación han producido durante las dos últimas décadas en todo el mundo y en particular en América Latina.

Cuando estas exigencias e imperativos son planteados incluso en medios universitarios, por el hecho de estar enmarcados en el esquema cooperación / desarrollo, son resentidos en los países del norte como las eternas quejas y reproches, quejas y lamentos, de los países del sur. Hoy sabemos, mejor que antes, cuánto los países del norte, y su bienestar, deben a los países del sur, y su malestar, y cuánto aquel desarrollo es feudatario de este subdesarrollo; por eso se plantea un intercambio igualitario, aunque sea conflictivo y crispado, pero no limitado simplemente a los recursos, sino más bien a las ideas y los valores.

Nos ha ido siempre muy mal, y estaríamos hartos, que nos sigan diciendo qué hay que hacer y cómo hacerlo, qué es lo que necesitamos y qué lo que queremos. Siempre supimos, quizás hoy más que antes, qué hacer y cómo hacerlo. Y la cooperación, como el mismo término signifi-

ca, consiste en participar en lo que hacemos y compartir (cooperar con) nuestras actuaciones.

Es grande siempre el maltrato que resulta de los malentendidos. A nosotros no nos interesa una universidad europea a la salsa boloñesa (según el formato neoliberal, mercantil, homogeneizador y competitivo establecido en el acuerdo de Boloña). Una tal universidad tiene muy poco que compartir y deja de ser un referente de emulación, para nuestras universidades latinoamericanas. Más bien puede convertirse en un referente tanto más nocivo por ser parte o agente de la cooperación. Nos interesa una universidad europea y española, que se plantea los mismos problemas que las universidades latinoamericanas frente a la historia y la actual sociedad de mercado, frente a las democracias postdemocráticas, y frente a la "devastación de la inteligencia" por parte del capital y la mercancía; universidades capaces de compartir las mismas estrategias y resistencias.

De manera más particular, y en referencia al próximo II Congreso Universidad Desarrollo y Cooperación (Cuenca, 1-3 abril 2009), a las universidades del sur les interesa compartir con las universidades del norte una posición crítica e impugnadora de una cooperación / desarrollo asociados tan

El carácter solidario y humanitario de la cooperación al desarrollo es incuestionable; lo que se impugna y se critica son las lógicas e intereses investidos en dicha solidaridad y humanitarismo, reproductores de una desigualdad fundamental: la línea imaginaria que separa el norte del sur.

perversamente con el crecimiento económico y la "lucha contra la pobreza", ambos tan devastadores de la naturaleza como de la sociedad humana. Asociación muy páfida, ya que sugiere que el crecimiento económico sería necesario para luchar contra la pobreza y que la mejor manera de luchar contra la pobreza es el crecimiento económico. Como si el imperativo pseudo-moral de la lucha contra la pobreza justificara el terrorismo económico del crecimiento neoliberal.

El tema de las universidades españolas en el campo de la cooperación al desarrollo es crucial y nos interesa, ya que no sólo en ellas se forman muchos voluntarios y cooperantes, profesionales, que después se destinan a países

del sur, se integran a las ONG o forman parte de organismos de la cooperación internacional, sino también porque las mismas universidades producen todo un know how, programas y proyectos, transferencias de tecnología, modelos experimentales y demostrativos, todo ello destinado al desarrollo de los países del sur.

En conclusión, la universidad, lejos de ser un lugar diferente para (re) pensar la cooperación y el desarrollo, sigue actuando como caja de resonancia de una ideología dominante, del "pensamiento úni-

co", que considera el crecimiento económico, la lucha contra la pobreza y el modelo de sociedad de mercado de los países del norte como ejemplo no sólo a importar sino también a imponer a los países "subdesarrollados" del sur. Y lo que nosotros queremos y buscamos es precisamente una universidad que, dentro de su específica función académica, científica y crítica, impugne el TINA (*There is not alternative*, de Margaret Thatcher) en cuanto imperativo neoliberal, no por reaccionario sino, sobre todo, porque es una afrenta y un desafío a la inteligencia y libertad humanas, y por consiguiente a la misma universidad.

